

“Mangajo”: el regalo de las letras

María MARKOTEGI

El 92 supone una fabulosa conjunción de cifras de entre cuyas efemérides podríamos destacar dos diametralmente opuestas, no sólo en tiempo, sino en espacio. Una, amparada por el descubrimiento bestial que los indígenas tuvieron de un occidente fértil en brutalidades amparadas en pos de una cultura fácilmente adjetivable en numerosas “istas”; la otra, en pleno siglo XX, con idéntico arribo conquistador a otras infecundas tierras en manos de una embajadora cultural ataviada con una poco ostentosa vestimenta en blanco y negro, pincelada con la riqueza plástica de las imágenes de unos noventa fértiles: la población de “El Mangajo”, auténtico festival cultural para una zona rica en sueños. Los inicios, como los de todas las historias que rezuman romanticismo, vida, se sitúan alrededor de la Universidad de Bilbao, zona de cafetería, donde un grupo de personas de carreras e intereses tan dispares como el periodismo, las bellas artes, la sociología o el derecho, gestan un primer volumen bajo un nombre que, en esperanto, tiene el significado tétrico-carnicero de fiambre. Primavera en los corazones, en los bolsillos contribución comunitaria para un número cero, casi clandestino en forma y distribución. A partir de entonces la semilla germina una vez al año, en estaciones sin prefijar, y ya alrededor de un tema con gran número de artículos conjuntos que se desarrollan y cobran cuerpo desde el debate. Este grupúsculo de hombres y mujeres de Sakana, ayudados por colaboraciones de otros puntos de Euskal Herria aporta a una zona culturalmente inquieta una información que rezuma no sólo calidad literaria (indudable) o plástica sino interculturalidad, abriendo a las mentes una perspectiva amplificadora que propicia la conexión entre sentimientos y entre personas disciplinaria y aparentemente inconexas que tienen en común una “onda anarquista” que no es patente en esta revista con una ausencia de componente político total. Hoy en día muchos de sus colaboradores primigenios son representantes conocidos de las bellas artes, del cómic, de la maquetación o del medio ambiente. A partir de este grupúsculo nacen otras iniciativas culturales como resultado de una necesidad vital y emocional que propicia el hecho de que un tronco casi fanzinesco crezca, recoja, procese y difunda un fondo que habla de inquietudes que exceden corsés laborales y, porqué no, personales. Pensemos que, como a los triunfadores de la Roma Imperial, alguien se situará en el oído de estos Hacedores para susurrarles el mítico “recuerda que eres mortal” que siga propiciando esa necesidad liberadora e inquieta. En tanto y siempre, los que creemos en una Cultura libre y libertaria les gritaremos un: ¡larga vida! o, porqué no, como bien cantaba un Antonio Flores, ennegrecido por raza: jarriba los corazones!

147